SALVADOR RUEDA

LA MUSA

IDILIO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el TEATRO ODEÓN de Buenos Aires
la noche del 27 de Septiembre de 1901
y en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid, la noche
del 6 de Diciembre de 1902.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1903

LA MUSA

Estrenado en el TEATRO ODEÓN, de Buenos Aires, con el siguiente **REPARTO**.

PERSONAJES		ACTORES
EL SEÑOR DUQUE, dueño de la quinta	D.	ALFREDO CIRERA.
LA SEÑORA DUQUESA	D.ª	DOLORES ARNAU.
ELISA, niña de 14 años		CONCEPCIÓN RUÍZ.
MARIA		MARÍA GUERRERO.
CARLOS, amigo de los Duques	D.	CARLOS ALLENS PERKINS.
ARTURO, ídem ídem		FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.
DOLORES	SRTA.	LUZ GARCIA SENRA.
ROQUE	D.	RICARDO JUSTE.
MEDIALMEJA		MANUEL DÍAZ.
CAPATAZ		FRANCISCO URQUIJO
LA TÍA GARDUNÀ	SRTA.	MARÍA CANCIO.
MANIJERO	D.	ANTONIO HERNÁNDEZ
HOMBRE 1.º		ANTONIO MANCHÓN.
IDEM 2.º		VICENTE BUIL.
IDEM 3.º		FERNANDO VILALLONGA.
IDEM 4.º		VICENTE SÁNCHEZ

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid,
con el siguiente **REPARTO:**

PERSONAJES	ACTORES
EL SEÑOR DUQUE.....	D. ALFREDO CIRERA.
LA SEÑORA DUQUESA...	D.ª JOSEFA SEGURA.
ELISA	SRTA. JOSEFA BLANCO.
MARIA.....	D.ª MARÍA GUERRERO.
ARTURO.....	D. MARIANO DIAZ DE MENDOZA
CARLOS.....	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.
DOLORES.....	SRTA. RAMONA R. VALDIVIA.
ROQUE.....	D. RICARDO JUSTE.
MEDIALMEJA.....?..	MANUEL DÍAZ.
CAPATAZ	FRANCISCO URQUIJO
LA TIA GARDUÑA.....	SRTA. MARÍA CANCIO.
MANIJERO.....	D. ALBERTO MIQUEL.
HOMBRE 1.º.....	ANTONIO MANCHÓN.
IDEM 2.º	VICENTE BUIL.
IDEM 3.º.....	FERNANDO VILALLONGA.
IDEM 4.º.....	JOSÉ SORIANO DE LA VIOSCA.

Derecha é izquierda las del espectador.

La escena, en la vega de Málaga, en la vendimia.

Epoca actual.

ACTO PRIMERO

El escenario representa una hermosa quinta, de la cual se ven dos fachadas: una, la principal, mirando hacia la derecha, y la otra mirando al público: ambas tienen esplanada, pero la del frontispicio del público está circundada de un pretil de media vara de alto, en forma de semicírculo, todo él cubierto de macetas. La quinta, con las dos fachadas que se ven, está á la izquierda. En la esplanada principal hay una mesa, mecedoras, dos jaulas con dos canarios, unos gemelos sobre la mesa, y los detalles propios de una vida cómoda y elegante.

En la esplanada rústica, en el suelo, se ven cajas de pasas vacías, cuarterones, *formaletes*, fruteros colmados de pasas, un carro sin bestias, aperos de labranza contra la pared, dos jaulas con perdices, capachos arados, viergas de trilla, todo lo cual compone un magnífico cuadro campestre. Ambas esplanadas, están divididas por un cañizo, de una vara de alto, lleno de enredaderas, y en las puntas de las cañas hay cascarones de huevo, puesto boca abajo: ese cañizo tiene un portillo rústico por el cual se pasa á las dos esplanadas.

Al alzarse el telón, viene de derecha á izquierda la cuadrilla de vendimiadores uno detrás de otro, con los fruteros á la cabeza llenos de uvas en forma de pirámides.

Al entrar en escena la cuadrilla por la esplanada principal é ir á entrar por el cañizo á la segunda esplanada, estará el Duque reclinado en una mecedora. En la esplanada rústica, hombres de pie ó sentados en el suelo, se dedican á la tarea de las pasas; unos llenan lechos, otros apilan racimos, otros llevan cajas de un lado para otro. Visten pantalón y chaleco de dril ú otra tela de verano, alpargatas y sombrero de palma; llevan las pecheras de las camisas abiertas y las manga remangadas, dejando al aire los brazos.

ESCENA PRIMERA

DUQUE Y LA CUADRILLA

MANIJERO. Buenos días, señor Duque.

DUQUE. Buenos días, muchachos. ¿Ya con el primer viaje? Mucho se madruga.

MANI. Con el señor Duque hay que levantarse antes del día, porque el señor parece una alondra.

DUQ. No le hace. Ustedes levántense á la hora que deban

MANI. Vamos á los «toldos» á tenderlas. (Todos van hacia la segunda esplanada).

DUQ. No; esperar; descargarse, que quiero escoger yo mismo unos racimos. (Se descargan con agilidad y fuerza, dejando oir los resoplidos de las respiraciones y pasándose el revés de la mano por la frente; algunos se enjugarán con pámpanas, que tirarán al suelo

HOMBRE 1.° Aquí vienen algunas de *comer*, señor Duque; mielas güesencia; son *marbeyies*; también traigo *lairenes*, *de rey*, y *de corazón de cabrito*.

DUQ. ¿A ver? ¿A ver? ¡Soberbias *marbellies!*

OTRO HOM. Yo he traío este racimo de *largas* pa la niña, que siempre me las está encargando.

DUQ. A propósito; cuando acabéis de *tender*, vas tú, Manijero, á acompañarla, y á la señora Duquesa, ahí á la quinta de don Pedro: saldrán por la puerta falsa. A las doce vuelves por ellas. Van á ver á la señora de don Pedro, que está enferma.

MANI. Está bien.

DUQ. ¿Todo esto es de la suerte del *Grajo?*

MANI. Sí, señor.

DUQ. Ya podéis ir á los toldos á tenderlas, que he separado bastantes. (Cárganse los hombres de nuevo, entran por el cañizo á la segunda esplanada, y piérdense).

ESCENA II

CAPATAZ, MEDIALMEJA Y VARIOS HOMBRES

CAP. Oye tú. Medialmeja.

MEDIA. ¿Qué hay, Capataz?

CAP. ¿Qué cajas yevates ayer á la capital en el carro?

MEDIA Pos yevé diez *imperial*, *Rayour*, *Cuarta y Quinta.*

CAP. Pos mira; esta tarde recoges to lo que aquí quee yeno, lo reunes á lo que yenen en los almacenes, y otro carro, ¿eh?

HOM. 1.° (Con malicia). Y cuidao con el camino, que hay coches.

MEDIA. ¡Siempre estáis con las mismas! (Disgustado).

HOM. 4.° En cambio tú nunca estás con *las mismas*, sino con *otras*.

MEDIA. (Disgustado). Mu temprano empieza el chungeo.

HOM. 1.° (Con malicia) ¡Dios sabe lo que habrás jecho tú ya esta mañana!...

MEDIA. ¡Anda, mala intención, que tiés más conchas que un galápago!

HOM. 2.° ¡Mira quien habla!

HOM. 3.° Como no te enmiendes, Medialmeja, se lo vamos á decir á tu novia.

HOM A Dolores, que ya sabes lo celosa que es.

MEDIA. A ver si espaventais la colmena.

CAPA. ¡No estás tú mal zángano; siempre entre ellas!

MEDIA. Lo que digo es, que el que se quiera *pitorreá* de mí, está mu equivocao. (Con expresión de idiota; éste es un tipo sensual y bruto).

HOM 4.° Page mentira que una jembra como Dolores, que entre toas las del cortijo es la que yeva er gato al agua, esté enamorá de esa estampa. Tienes una cara que paece un recibo de la contribución.

HOM. 1.° (Al 4.°) Oye tú, ¿que ties tú que decí de la cara de Medialmeja? Lo que es, es un mozo como una azucena. (Será muy negro y muy bizco). Alárgame (A Medialmeja) ese *formalete*. (Lo hace)

HOM. 2.° Como que debíamos sembrarlo hasta por encima de las pantorriyas, en una maceta.

HOM. 3.° Y regalársela á la señora Duquesa, diciéndole: «Aqui tenéis esta azucena silvestre.» (Medialmeja se queda mirando de través á la gente, con expresión bruta, que da risa.)

CAP. Silvestre ó no, él es un píyalas á tiento y mátalas cayando, que vale más que toos nosotros. (Siguiendo la burla).

HOM. 4.° ¡Son muchas las prendas personales que tiene!

HOM. 1.° Sí; una chaqueta que paece que ha venío é la güerra, un chaleco con el cuá se puen cribar beyotas, y unos apargates jechos yesca. (Riéndose los demás).

MEDIA. ¿De manera que sigue el chungeo? Lo que digo es, que el que sea hombre, que se venga conmigo á ver si se ríe.

HOM. 2.° ¿El que sea hombre? (Al hombre 3.° con mucha guasa). Oye, ¿tú eres hombre?

HOM. 3.° (Al 4.°) Yo no, ¿y tú?

HOM. 4.° (Al 1.°) Yo tampoco, ¿y tú?

HOM. 1.° (Al capataz). ¡Yo no; como no lo sea usté, Capataz!..

CAP. Aquí no hay más hombre que uno.

HOM 2.° Ya lo sabes, Medialmeja; aquí no hay lo que tú buscas, porque no hay más hombre que tú. Alarga esa jarra, y no pongas esos ojos así, que paecen un par de tijeras. (Lo hace).

HOM. 3.° Como que es bizco pa que sea bueno.

HOM. 4.° Vamos, déjalo, que sino, le va á pegá una puñala... á aquel melón y lo va á jacer tantas tajás como personas estamos aquí.

CAP. Sí, Medialmeja, pártelo y nos refrescaremos. Y á cayar mientras, cabayeros, que cuando anda la léngua, no andan las manos. (En silencio saca Medialmeja de la casa una gran fuente y parte el melón con mucha habilidad. Mientras, dice hablando para sí mismo).

MEDIA. No, pos lo que es á esa que se baña en la alberca, le echo yo la pestaña encima ¡vaya si se la echo! (Los demás siguen sin hablar en la tarea.)

ESCENA III

En la esplanada principal

DOLORES Y ROQUE *(criados)*.

Mientras toda esta escena, los dos criados limpian las jaulas de los dos canarios).

ROQ. Ya sabes, Dolores, que me tiés más mauro que una breva.

DOL. Por eso te quiés dejar caer.

ROQ. Es decir, que estoy ya rayao y tó.

DOL. Ya ha pasao el tiempo de las brevas.

ROQ. Pero no el de los jigos; quiere decir que me tienes más mauro que un jigo verdejo.

DOL. Pues con los jigos, á la sera á prensarlos.

ROQ. ¿Y no te daría lástima, cuerpo bonito, de ponerme el pie encima?

DOL. A mí no.

ROQ. ¡Mira que eres mala! Ya sé yo que tú á quien quieres, es á Medialmeja.

DOL. Ni á *almeja entera*.

ROQ. Pues toa la gente del cortijo lo dice.

DOL. Pues toa la gente del cortijo miente.

ROQ. ¿De verdá que está el campo libre?

DOL. De veritas.

ROQ. ¿Y sin moros en la costa?

DOL. (Con burla). Más bien me debías decir, y *sin tontos en la costa*.

ROQ. Mujé, tos no tenemos er sentío de Salomón, pero tenemos *fatiguiyas*. (Con ademán charranesco).

DOL. *Las fatigas que se cantan*
son las fatigas más grandes.

ROQ. *Porque se cantan yorando*
y las lágrimas no salen.
Pos lágrimas, que son gotas de sangre, lloro yo por tí.

DOL. Bueno, caya, y alárgame ese alpiste.

ROQ. Tómalo; pero no creas tú que tengo yo pensamiento de cerrar el pico en to er día.

DOL. Te se va á queá la lengua como una *pasa*.

ROQ. ¡Tú si que me estás jaciendo á mí *pasá!*

DOL. ¡Y lo que te rondaré, morena!

ROQ. Más te he de rondá yo á tí.

DOL. ¿A mí? Pa qué queria yo más que tené to er día colgado de los jarapos un avestrúz?

ROQ. Gracias; hasta pa pegar sofiones la tienes. Tu, *castañetazo* desde que Dios amanece; y yo, *bombazo* hasta que Dios anochece. Veremos á ve, quien pué más. Me tienes que decir que *sí*, ó vas á morir asá.

DOL. Con tal de que calles, no solamente digo *sí;* digo *resí*.

ROQ. Pero el sí que yo busco, no es ese; es el que se pronuncia poniendo en mitá de los labios el corazón.

DOL. Como si fuese una almendra. Trae ese estropajo, hombre.

ROQ. (Se lo dá.) Tómame á mí, puesto que tú me tienes jecho un estropajo. Ladrillo molío soy yo capaz de gorverme, pa que tú me refregaras con la mano.

DOL. Como si dijéramos: *Roque en polvo, pá fregar peroles*.

ROQ. Me clavas tantas espinas que me tiés jecho un jigo chumbo, y así soy yo pa tí. Te lo voy á decir en una copla:

Al jigo chumbo, serrana,
se parece mi querer;
fuera, yevo las espinas;
y dentro, yevo la miel.

DOL. ¡Olé por mi... jigo chumbo!

ROQ. Esagraecía.

DOL. Moscardón.

ROQ. ¡Eh... por poco te se escapa el pájaro!

DOL. (Emocionada; dan varios gritos como si fuese cierto.) ¡Verdá! ¡Jesús! no me ha queao gota de sangre! Vete. que tú tienes la culpa.

ROQ. ¡Y quien te diga á tí, con tanto desprecio, que tú te has de morir á chorros por mí! Me has de peir por Dios, que te quiera, manque no sea más que una *mijitiiiya*.

DOL. Entonces viá estar como loca. (Riéndose á su pesar.) ¡Mira que eres bruto, Roque!

ROQ. Tú me yamas eso, porque no te has fijao otabía bien en este *roiya*. (Lo dice por su cuerpo, el cual mueve mientras habla, dándose tono). Mira que *facha*.

DOL. Que *facha* querrás decir

ROQ. Pos y el revés? (Volviéndose). Fíjate, chiquiya.

DOL. Digno de un *revés*, y hasta de un puntapié.

ROQ. ¡Pues no digo ná, estos pies pa bailar, y estas manos pa yenar pasas y tocar los paliyos!

DOL. Como que paeces un cortaplumas de esos que tienen de tó.

ROQ. Los ojos, gachones y piyos; las jechuras, ná; el mirar azuquita; los labios arrope...

DOL. Y la abuela difunta. (Aparte). La verdad es, que este *gatera* tiene gracia.

ROQ. ¿Ves? Ya empiezas á quearte embobá.

DOL. ¡Ay... que se escapa.. que se va . que se fué! (Se le escapa el canario, y vuelven á dar gritos de sorpresa).

ROQ. Te se fué el santo ar cielo, mujé; pierdes ya hasta los volantones por mí.

DOL. Anda hombre, á ver si lo piyas y no se enteran de que se ha escapao ¡Jesús!

ROQ. Bueno, pero si lo cojo me lo tiés que cambiar por una cosa.

DOL ¿Por qué?

ROQ. Por una cosa que se jace... con los labios.

DOL. ¿Escupir? (Haciéndose la desentendida).

ROQ. ¡Quiá! Esto (Besándose fuertemente la mano él mismo. Salen corriendo en busca del canario).

ESCENA IV

DICHOS Y LA TÍA GARDUÑA, QUE ES GITANA

CAP. ¡Hola, tía Garduña!, vaya un bocao de melón.

TÍA GARDUÑA. Gracias, hijo mío. (Suelta un bulto que trae, toma el trozo de melón y se sienta en el suelo con desparpajo: los trabajadores le forman corro). En

el nombre sea del Padre, del Hijo y de las tres Personas de la Santísima Treniá.

HOM. 1.° (Con guasa). ¡Amén!

TÍA. GARDUÑA. ¡Qué caló! Hoy se asan los pajaritos del aire. Dichoso aquer que en lo suyo se come lo que es suyo, sin tener que moverse ni dir de tribuná en tribuná, ni de la Ceca á la Meca, ni de Herodes á Pilatos.

HOM. 2.° ¿Me ha traío usté er paquetiyo de cigarros?

TÍA GARDUÑA. Aquí está.

HOM. 3.° ¿Y á mí el librillo é jumar?

TÍA GARDUÑA. Míralo aquí, resalao. (Medialmeja se acerca á la gitana como queriéndole decir algo, pero no se atreve).

HOM. 4.° ¿Y mi par de apargates, viene?

TÍA GARDUÑA. Y bien fuertes y bien acabaos, hijito mío. Vas á parecer un lucero por los pies; y en cuantito te vea una buena moza, te va á deja enreá el arma en las cintas del atuero. Así tengas que dar con estos apargates un puntapié á una cosa que veas en er suelo, y que sea una cartera yena de biyetes de á mil pesetas Ojalá no metas nunca la pata con estos apargates. Ojalá no des pié á naide pa ninguna desaborición, y que yeves los pies dentro de eyos como si hubiás entrao en la gloria con zapatos y tó.

CAP. Jarabe de pico no le farta á usté, no.

HOM 1.° Mi corbata, ¿viene ahí?

TÍA GARDUÑA. Mírala; corbata más bonita que ésta, no la hay en veinte leguas á la reonda, metiendo á Junquera, Zafarraya, Sayalonga, Cajiz, Benajolán, Benajolin, Benagalbón, Benaque, Benamocarra, Benamargosa, Benajarafe...

CAP. (Burlón). ¡Eche usté *gedografía!*

HOM 2.° ¿Y Medialmeja, no ha encargao ná?

TÍA GARDUÑA. (A Medialmeja). Sí; toma, hijo; aquí tienes el libro de cartas pa declararse á las mujeres.

TODOS. (Con gran bulla y animación).

HOM. 3.° ¿Eso ha pedío?

HOM. 4.° No se lo dé usté.

CAP. Venga.

HOM. 1.° A mí, démelo uste á mí.

HOM. 2.° ¿Con que esas tenemos?

HOM. 3.° ¡Al fin tus cosas!

TÍA GARDUÑA. No; yo se lo entrego á quien me lo ha encargao; toma.

HOM. 4.° ¿A quién te vas á declarar?

CAP. ¡A Dolores, como si lo viera!

TÍA GARDUÑA. Traigo también los polvos de la *alegría*, que con s lo yevarlos en el bolsiyo, da er corazón sartos en el pecho, como pajarito en la jaula. Llevo la *yerva de las tres visitas*, al cabo de las cuales, la mujé le dice á un mozo que *sí*.

CAP. Mire usté: hay aquí en er cortijo uno que se llama Roque, que le compra á usté de esos porvos un quintal que yeve. (Guiñando por Roque).

TÍA GARDUÑA. (Cargándose para irse) Con que ¿no me compráis na? *La yerva del orvio*, pa orviá unos malos amores; *las ligas del ensueño*, que en logrando que se las ponga una mujé, sueña con uno.

MEDIA. ¿Cuánto valen esas ligas?

TÍA GARDUÑA. Una peseta, clavevina dorá.

MEDIA. Vengan; tenga usté. (Las huele y se las guarda en el pecho. Ella se echa la peseta en el seno).

HOM. 3.° ¿A quién se las vas á poné, Medialmeja?

HOM. 4.° ¡Eh, eh! que lo diga.

TÍA GARDUÑA. Vaya, me voy; hasta otro día, muchachos. Así les dé Dios más pesetas, que Padrenuestros se han rezao en este mundo.

CAP. ¿Y á quien le quiera á usté mal, tía Garduña?

TÍA GARDUÑA. Que le dé sabañones en Agosto.

TODOS. ¡Já, já, já! (Todos ahogan con las risas las últimas palabras de la gitana, despidiéndola con simpatía).

CAP. Con que vámonos á los paseros, que hay mucho que volver. (Vásen).

ESCENA V

ARTURO Y CARLOS

(Toda esta escena la hablan en tono jovial, menos un momento, que se indica en el diálogo).

ARTU. Será verdad, querido Carlos, que la Naturaleza es muy hermosa; pero tentado estaba de volverme á París, si no lo tomara á desaire nuestro amigo el Duque.

CARL. Lo mismo que tú digo, si no esperara que el campo me alivie algo del hastío conocido con el nombre de *empacho de bello sexo*.

ART. ¿También echas de menos á París?

CAR. El país donde uno se educa y se desarrolla, es su país.

ART. Pero hay que conocer á España, al menos, pues ni la recordamos de cuando éramos muy niños.

CAR. Con ese propósito hemos venido á España, pero como ni tú, ni yo, tenemos en ella ni familia ni nuestra fortuna, ni nada, no tengo gran prisa en conocer el famoso país del sol.

ART. Sin embargo.

CAR. No hay sin embargo que valga.

ART. (Con acento de profunda emoción y respeto). Aunque no fuera más, querido Carlos, que por besar la tierra que esconde los huesos adorados de nuestros padres. (Se quita el sombrero religiosamente).

CAR. (Quitándose el suyo, emocionado). Es verdad; nuestras madres, nuestros hermanos... Todos los restos de nuestras familias, descansan en tierra española.

ART. ¡Santa tierra, créeme! Hay que conocerla y amarla. (Recobra el diálogo su jovialidad).

CAR. Por no tener familia ninguna, ni tú, ni yo, hicimos, va ya para muchos años, la alianza de ser más que amigos, hermanos, y de

no romper ese pacto, ni á cambio de todo lo más grande de la tierra.

ART. Por mí la escritura es de bronce.

CAR. Por mí, estará más firme cada día.

ART. (Marcando bien esta razón que tienen para odiar á las mujeres) Sobre todo; ya que durante nuestra larga vida de camaradas, las mujeres han sido las únicas que alguna vez han estado á punto de romper nuestra alianza, ¡guerra á las mujeres!

CAR. Sí; ellas han sido las enemigas de nuestra felicidad de toda nuestra vida. ¡Guerra sin cuartel!.

ART. Una vez más, estrechemos nuestras manos, como sello que se pone en una escritura.

CAR. O como fuego, que funde en uno dos metales.

ART. ¡Viva la amistad!

CAR. ¡Viva!

ART. ¡Muera el amor!

CAR. ¡Muera!

ESCENA VI

DICHOS Y EL DUQUE

Durante esta escena, y las siguientes, los actores se sentarán, se levantarán y andarán por la escena para evitar la monotonia de la quietud.

DUQ. Pero, ¿es que se ha proclamado la república? ¡Viva! .. ¡Muera! .. ¿Qué es esto?

ART. Esto es, que Carlos y yo, afianzamos nuestra mutua amistad, en perjuicio del amor...

DUQ. ¡Pobre amor! Yo estoy en desacuerdo con ustedes. Traeis de París unas teorías del demonio. Siendo los dos como son ustedes, jóvenes, los dos icos, los dos alegres, es muy natural que del *teclado del amor*, más bien hayáis recorrido la *octava baja*.

ART. La alta, la baja y la intermedia, todo el teclado; y todo sonó mal.

CAR. Eso es, toda la lira, por decirlo á lo poeta.

DUQ. Y en París, como en todas partes, hay bueno y malo; la cuestión es saber buscar lo

bueno. Las perlas, queridos amigos, no están en la orilla del mar; hay que internarse muy dentro y muy hondo para dar con ellas.

ART. Por lo menos, aquí, en este remanso tranquilo, no hay temor de que ninguna silueta de mujer nos haga echar las redes de pescador, ni á Carlos, ni á mí

CAR. Lo más hermoso de tu quinta, ¿sabes qué es? Que no hay en ella mujeres que le puedan á uno quitar la tranquilidad.

ART. Justo; aquí están demás el anzuelo y la caña; de ella se ha hecho una flauta pastoril.

DUQ. Pues una cosa os anuncio.

CAR. (Con ansiedad). ¿Qué?

DUQ. Que os preparo una sorpresa.

ART. ¿Mujeril? Aunque fuera mujeril, está el pacto amistoso acabado de renovar, y no habrá peligro ninguno.

CAR. Lo que se llama ninguno; hay heridas que no se cierran.

DUQ. Mejor es así, pero allá veremos.

ART. Misterioso estás, me alegro; sea lo que fuere, alterará algo ésta beatífica quietud de la Naturaleza.

ESCENA VII

DICHOS Y DOLORES, *con el chocolate.*

DOL. Señor, el chocolate. (Aparte). ¡Dios mío! ¡si habrá Roque pillao el canario!

CARL. (Bromista). Supongo que no será la sorpresa el chocolate, querido Duque

DUQ. Tú, búrlate cuanto quieras, que ya veremos más adelante. (Dirigiéndose á Dolores). A mí, tráeme migas, que las voy á tomar con uvas de éstas.

ART. ¡Hermoso montón de ellas! no había reparado. Mira, Carlos. (Al Duque). ¿Sabes que deseo yo también tomar de tus migas con esas uvas?

CAR. Me apunto también en la lista.

DUQ. (A Dolores). Ya sabes; trae bastantes, que me

parece les vamos á hacer bien los honores. (Vase Dolores).

ESCENA VIII

DUQUE, ARTURO y CARLOS

Muévense algo por la escena.

DUQ. ¿No véis qué hermosura de racimos? Cuando se mira un prodigio así de Dios, la mirada se purifica y ennoblece. ¡Qué tinta de oro en unas! ¡qué levísimo tul azulado en otras! ¡qué pulverizaciones de rubí en éstas! (Conforme coge y elogia los racimos, los pasa á manos de sus amigos, que los examinan con admiración).

ART. ¡Efectivamente, cuánta hermosura!

CAR. ¿Sabes, chico, que este cuadro es bello tirando de largo?

DUQ. (Con cómico énfasis). Salomón, que era un poeta tan propenso á las grandes hipérboles, hubiera dicho: «Son tus castos y jugosos senos, como dos racimos de *marbellíes*.»

CARL. ¿A qué el Duque nos resulta un poeta á su modo, que nos va á hacer tomar la comunión de la luz pura y de la noble naturaleza?

DUQ. (Con cómica y alta elocuencia). Amigos míos; esto lo siembra Dios mismo, en este trozo de tierra. Bajo este sol andaluz, del cual están copiados los soles de todos los países, y entre estas ricas sales del mar disueltas en el aire, se da espontánea la salud, lo mismo en los cuerpos que en las almas: aquí se vive en plena alegría, que palpita en todo y brilla como una serena sonrisa de Dios sobre todas las cosas.

ART. Chico, hablas como un desinfectante..... dado caso de que los desinfectantes hablaran

DUQ. Auscultad la Naturaleza, y oiréis buena música; mirad sus formas, y veréis fantásticas esculturas; ved sus montañas y sus cordilleras, y admiraréis grandiosas obras de arquitectura; sentid su color y sus ritmos, y sentiréis la pintura y la poesía: las

Bellas Artes son una sombra de todo esto.

CAR. De la Naturaleza están sacadas.

ART. En eso estamos conformes.

DUQ. Pero la mayoría de los hombres que saben ver las bellas artes en un salón, no saben verlas á plena luz y á cielo abierto, ¡son almas enclenques!...

ART. (Burlón). Que le vamos á hacer.

CARL. Lo que noto con tanta sublimidad... es qué tardan las migas.

ESCENA IX

DICHOS Y DOLORES *con las migas.*

DOL. Aquí están.

DUQ. Dolores. súbete *Málaga* rancio de la bodega. (Vase Dolores).

ART. ¡Pero hombre! ¿*Málaga* para el desayuno? Resultas un Duque algo montaráz.

DUQ. Aquí tomamos á cualquier hora lo que Dios nos mete entre las manos, y como viene de las manos de Dios, que también es algo montaráz, á nadie le hace daño nada.

CAR. Chico, de veras te lo digo: á veces, cuando se habla contigo, parece que se come...

DUQ. Búrlate, búrlate; y además de burlarte, ten en cuenta que este género de vida, *vida de hombres*, crea un estómago como un crisol, que todo lo funde.

ART. Eso sí; la gana de comer se dá en tu quinta, con la misma facilidad que las pámpanas.

DUQ. Pues á ello. (Comen los tres).

ART. Excelentes migas: si lo llego á saber antes, no me desayuno con otra cosa desde que vine.

CAR. Lo mismo digo, ¡qué sabrosas!

DUQ. (Chuscón y disimulando). Como que la ha hecho...

ART. ¿La Duquesa, acaso, á quien ha dado esa ocurrencia?

DUQ. «El aperador». (Admiración en Arturo y Carlos).

Con éstas migas se desayuna cada mañana la gente

CAR. Nos dejas pegado á la pared.

ESCENA IX

DICHOS y DOLORES, *con dos botellas.*

DOL. Señor Duque, aquí está el vino; viene destapado.

DUQ. (Cogiendo con la servilleta la botella para no llenarse de polvo.) Vaya un vaso de lo de la tierra.

ART. ¡Pero hombre! ¿Nada menos que un vaso?

DUQ. Mira, pollo tísico: (Se lo bebe de un trago). Aquí se hace uno fuerte y se echa un estómago de avestrúz. (Se advierte que toda esa fuerza de carácter del Duque, está contenida dentro de las líneas más distinguidas, y de las maneras mas elegantes y cultas; tiene la alta distinción que solo da la nobleza).

DOL. (Aparte, mirando el cielo y siguiendo en él algo con los ojos; dando animación; durante estas escenas, tendrá Dolores la atención absorbida buscando en el campo con la vista el canario). ¡Ay... ay... ay! ¡El canario, Dios santo!

DUQ. ¿Qué es eso? ¿Te pones mala?

DOL. (Aparte). Si llega la hora de que vuelvan la señora y la niña, y Roque no ha pillao el canario, no sé lo que va á pasar. (Hay un silencio, durante el cual empieza á oirse el cascabeleo de la diligencia lejana).

CAR. Mirad allí la diligencia.

ART. Sí, allí se ve por la carretera.

DUQ. Todas las mañanas pasa á esta hora.

ESCENA XI (Muda).

Las personas suspenden instintivamente el desayuno mirando hacia el sitio por donde lentamente avanza la diligencia.

UNA VOZ LEJANA. (Con mucha animación y alegría). ¡O..... eoo... eoóóó! Vamos .. vamos... ¡Riá, riá, riááá, riááááá. ¡Vamos ayá. *Sultana*; duro...

chá. chá, cháááá! ¡*Tempranera*, que se hace tarde! (Se oyen de vez en cuando los chasquidos del zurriago.) ¡Andá andá, andááá! ¡Vamos alante! ¡Tira, *Calesera*!... chió, chió, chió, chióóó ¡Malo, *Garbosa*! ¡Mueve esas manos! Rió, rióó, riááá, riááááá. (Si el paso de la diligencia dura mucho relativamente, se repiten estos alegramientos del mayoral ganado. Vase Dolores).

ESCENA XII

DUQUE, ARTURO y CARLOS

(Se levantan y se sientan dando movimiento á la escena),

ART. ¡Oh, qué mágico efecto!

CAR. ¡Efecto precioso en este silencio absoluto y en esta absoluta soledad!

ART. Tiene todo esto algo de misterioso; parece como si estuviera en suspenso la vida...

DUQ. (Riéndose.) ¡Ya iréis cayendo en el garlito!

CAR. Lo que es por mí, te aseguro que como estuviera á tu lado algún tiempo, penetraría lo sagrado que yo siento que hay en todas las cosas.

ART. Yo creo lo mismo.

DUQ. Por lo menos, váis por buen camino; al principio, para todo hay que tener un poco de paciencia.

CAR. Lo mismo que para internarse en un libro...

ART. Que para interesarse en una comedia.

DUQ. Pero hay gente que en todo no quiere más sino que pasen cosas, y cosas, y cosas, por descabelladas que sean, y como si la vida estuviese amontonada y prensada y metida en media hora; aquí, á pleno Dios, se recibe el baño de belleza lento, lento, lento.

CAR. Pero que dura su efecto hermoso.

ART. Así es.

DUQ. Esta quinta queridos, es una gran ensenada para carenarse. Por eso siempre tengo aquí, cuando no una dama aristocrática, un banquero; y cuando no, un músico; y cuando no, un literato; y cuando no celebridades, amigos del alma, como ustedes.

CAR. Gracias.

ART. Eres todo generosidad.

DOL. (Mirando al cielo cómicamente. Aparte). ¡Ay... ay... ay! ¡El canario otra vez! (Habrá entrado Dolores á quitar la mesa).

ESCENA XIII

DUQUE, ARTURO, CARLOS y DOLORES

DUQ. Pero muchacha, ¿qué tienes?

DOL. Nada...

DUQ. No niegues que algo te pasa; veamos ¿qué es?

DOL. (Más cómicamente). ¡Ay... ay. . ay!

DUQ. Nada, que parece que te vas á arrancar por *seguidillas*. (Fijándose en el cielo). ¡Pero si es un canario! ¿A que te se ha escapado de la jaula?

DOL. Fué sin querer... Perdóneme usté.

DUQ. Perdonada sí; pero veamos el modo de cogerlo.

DOL Roque anda tras de él.

DUQ. Vamos por aquí. (Vánse Duque, Arturo y Carlos por el foro con mucha animación.)

ESCENA XIV

MEDIALMEJA SOLO

(Va á parar por la esplanada principal, y al ver unos gemelos sobre la mesa, se detiene, los toma, los examina lentamente y mira con ellos muy extrañado).

MEDIAL. ¡Uy, cuánto acercan estas antiparras! Si yo me atreviera á peirselas á don Carlos... ¡Porque cuidado que acercan! (Mirando con los gemelos). La carretera, la noria, la quinta de don Pedro... Esto paece cosa de brujas. (Meditando) Pues sí; creo que sea Dolores la que se baña en la alberca; sobre la alberca hay un techo de ramas secas. Ayer (bajando la voz). logré tenderme encima del techo y por un abujero de las hojas, miré. (Con desaliento). Miré... pero había volado la *pájara*. Digo yo; (con un dedo en la frente meditando) si hoy madrugo más, y me tiendo

encima der techo como ayer, y yevo este aparato que tanto arrima... (Ademán de alargar la mano para coger la mujer que figura estar viendo con los gemelos). Claro es, que si ella está aquí, es un poner; y yo estoy aquí, es otro poner; y ésto (los gemelos) me la arrima tanto así, es otro poner... ¡pues ná!... ¡que me la arrima, que me la arrima! que me la arrima...

ESCENA XV

CARLOS y MEDIALMEJA

CAR. (Con amabilidad). ¡Hola muchacho! (Medialmeja suelta de pronto los gemelos).

MED. (Cortado). Señor...

CAR. ¿Estabas mirando con los gemelos?

MEDIAL. Un poco.

CAR. Pues sigue; mira todo lo que quieras; ¿qué? ¿estabas viendo á lo lejos alguna mujer? Ya sabemos que á todos nos gustan... (La cara de Medialmeja se reaviva y abre desmesuradamente los ojos, con efecto cómico).

MEDIAL. Le diré al señó...

CAR. ¿Qué piensas tu del amor y de la mujer?

MED. Pues yo... que...

CARL. Vamos, habla.

MED. Que cuantito veo una mujé...

CAR ¿Qué?

MED. Na, *que soy hombre al agua.*

CAR. Y qué ¿tienes novia?

MED. Tras ese negocio ando.

CAR. ¿Y en quién has fijado tus ojos? (aparte). Tiene que ser en dos, porque como es bizco, cada ojo lo fija en un punto.

MED. Me he fijado en dos.

CAR. (Ap). ¿No lo dije?.

MED. Sí, porque como tengo una mijiya cruzá la vista casi no se nota, miro á dos partes; y si me hubiá fijao en una sola mujer, el otro ojo estaba de más.

GAR. (Ap). ¡Qué ladino! (Alto) ¿De manera que para tener los dos ojos ocupados, es por lo que te has fijado en dos mujeres?

MED. Si jeñó; porque pa dos días que uno ha de vivir... hay que aprovechar.

CAR. Entonces tienes una mujer para el ojo derecho y otra para el izquierdo.

MED. Justamente.

CAR Pero hombre, podías no tener más que una, y para mirarla, hacer lo que los gallos, que miran de un lado, y vuelven la cara, y miran del otro.

MED. El asunto es mirarlas á las dos sin meneá la cabeza. ¿Manda el señor algo?

CAR. Nada.

MED. (Ap). No me he atrevío á peirle las antiparras. (Vase).

ESCENA XVI

CARLOS, ARTURO, DUQUE y DOLORES

DUQ. (En tono benévolo). Bueno mujer; nada diremos á la Duquesa, hasta que se logre coger el canario.

DOL. Gracias, señor Duque. (Vase).

ESCENA VXII

DICHOS, MENOS DOLORES

DUQ. (Sentándose rendido). ¡Cualquiera lo coge! Ni lo hemos intentado.

CARL. ¿Ha sido imposible?

ART. ¡Ya lo creo! ¡Figúrate que ni Roque, con la agilidad que tiene, puede echarle mano!

ESCENA XVIII

DUQUE, CÁRLOS y ARTURO en la esplanada primera, viendo algún periódico, ó fijándose en el campo CAPATAZ y un HOMBRE en la segunda. Estos vienen cargados con fruteros llenos de pasas.

CAP. Nos escargaremos.

HOM. Ya estoy yo escargao.

CAP. ¿Dices que viene por el camino de atrás, un coche con una señora?

HOM. Sí.

CAP. ¿Estás seguro?

HOM. ¡Y tan seguro!

CAP. Será alguien que esperen los señores. Aguárdame ahí un poco. (Retírase el hombre). que voy á pasar á decírselo al señor Duque (Atraviesa al cañizo que divide las dos esplanadas y en voz baja dá la noticia al Duque. El Capataz vase por el foro).

DUQ. (Ap). ¿Un carruaje con una señora? Debe de ser ella aunque todavía no la esperaba. Hay que aprovechar, ahora que viene, algo contra estos dos enemigos de la mujer.

ESCENA XVIIII

DÚQUE, ARTURO, CARLOS y DOLORES

DOL. Voy á quitar este servicio. (Se refiere al del chocolate).

DUQ. Está bien.

DOL. (Ap.) Me parece á mí que es el animalote de Medialmeja el que anda rondando la alberca cuando yo me baño. ¡Pues anda, que el muñecazo que he jecho pa meterlo tos los días en el estanque! ¡Parece mesmamente una mujer! (Alto.) ¿Manda algo el señor Duque?

DUQ. Nada, te puedes retirar.

ESCENA XX

DUQUE, CARLOS, ARTURO y el CAPATAZ

CAP. (Entrega una tarjeta al Duque.)

DUQ. ¡Oh! ¡está ahí! ¡es ella! ¡es ella! ¡no la esperaba tan pronto! ¡Bien venida! ¡pero que alegrón!...

ART. Pero, ¿qué es eso? ¿te vas á volver loco de alegría?

DUQ. (Perdiéndose por el foro y á grandes voces.) ¡María! ¡María! ¡Adelante! ¡pero mujer! ¡qué sorpresa! (Deja de oirse.)

ESCENA XXI

ARTURO y CARLOS

ART. ¿Quién será esa María?

CAR. ¿A que nos echa á perder el Duque la temporada, metiendo aquí faldas?

ART. ¡Eso faltaba!

CAR. Pues lo que es por mí, seré plaza inabordable.

ART. Y yo inaxequible.
CAR. Y yo inespugnable.
ART. Y yo inaccesible.
CAR. Y yo inescalable.
} Dándose las manos.

ESCENA XXII

DICHOS, DUQUE y MARÍA

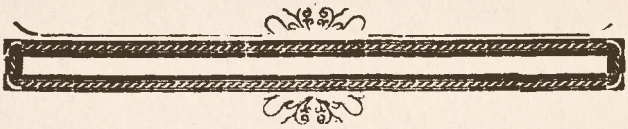
DUQ. (Desde fuera.) Por aquí, María. (Aparecen en escena los dos. Ella viste un elegantísimo traje de verano. Todo en su figura es distinción, buen gusto y elegancia. La actriz debe hacer aquí un alarde de exquisitez. Arturo y Carlos se ponen de pie con caras de sorpresa agradable)

DUQ. (Haciendo la presentación.) Mis amigos, D. Arturo Constán y D. Carlos Amor. (Adelantando á María de la mano.) María Sandoval. (Al ver tan estupenda mujer, Arturo y Carlos se miran subyugados y exclaman aparte.)

CAR. ¡Ave María, qué mujer!

ART. ¡¡¡Ave María Purísima, qué va á pasar aquí!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DOLORES, después ROQUE

Dolores, con una cesta en la mano, aparece entre los troncos de los árboles, en la huerta, y empieza á coger habichuelas.

El escenario es la huerta de la quinta. A la izquierda, se ve la noria con un burro uncido, que estará quieto. Delante de la noria, y en primer término, se ven dos haces de heno cruzados. A la derecha, en primer término, hay un banco rústico que tendrá por espaldar un palo del telégrafo; éste sostendrá cinco alambres con golondrinas como si fuesen una hoja de música. Esta plazoleta, está adornada con grandes y altos plátanos americanos, de esos de hojas enormes y enarcadas; los moños de dichos pomposos plátanos, van á extender sus arcos cerca de las bambalinas, y á través de sus troncos, se descubre, muy amplio y muy hondo, un magnífico horizonte de huerta, en la que hay una tabla de cañas clavadas, con habichuelas verdes enredadas á ellas, y otras tablas con lechugas, coles, maices, con las mazorcas ya granadas y enseñando su *pelo rubio*: habrá cerca de *la tabla de habichuelas*, un *zarzal espeso*. El horizonte de huerta que se ve, está surcado por muchas veredas, formando juego. En la plazoleta hay un piano, que apenas se ve medio oculto por unas matas y con un toldillo encima sostenido por cuatro palos

DOL. Creí que estuviese aquí Roque; desde el día del canario, no puedo negar que le tengo alguna ley. Se cayó varias veces por cogerlo, y cuando vino á entregármelo traía las manos y la cara llenas de sangre. Pa-

rece que tiene buen fondo, aparte de sus alegrías.

ROQ. ¡Adios, mata é claveles!

DOL. Dicen que en mentando á una persona, aparece.

ROQ. ¿Es que me estabas tú mentando?

DOL. ¿Qué vienes á jacer aquí?

ROQ. A coger zarza moras pa la señorita María? ¿Y tú?

DOL. Ya ves: recogiendo jabichuelas pa el cocinero.

ROQ. ¿Y cómo andamos de eso?

DOL. ¿De qué?

ROQ. ¿De qué vá á ser? De *quereres*.

DOL. ¡Vaya con tus quereres!, siempre estás con las mismas.

ROQ. Y lo que estaré. Cómo no me digas que *sí*, mueres seca.

DOL. Si pidieras limosna, de seguro que sacabas mendrugo.

ROQ. ¿Ves tú esas matas de jabichuelas, cómo se enroscan á la caña? Pos así está mi amor enroscao á tu querer. (Fijándose en medio de las zarzas.) ¡Ay, mira, mira!

DOL. ¿Qué?

ROQ. Un nío.

DOL. ¿De verdá? ¿de que es? (Vase á verlo.)

ROQ. De ruiseñor.

DOL. ¿Vamos á llevárselo á Elisa?

ROQ. ¡Sí, para que te echara la gran regañá! No quiere Elisita que se cojan los níos, ni tampoco los señores Duques. ¡Pos gtena la ibas á jacer!

DOL. Oye, ¿y para cuándo tendrá gurripatiyos?

ROQ. A mí me parece que pronto. (Con malicia). ¡Mira tú... mira tú, que si nosotros, tu y yo.. hubiéramos jecho ese nío?. .

DOL. (Sin comprenderlo). ¿Nosotros?...

ROQ. (Dándole amorosamente con el hombro). Sí; mujer; paece s tonta Figúrate que tú fueras una pájara....

DOL. ¿No estás tu mal *pájaro*?

ROQ. Y figúrate que los dos nos hubiéramos casao como Dios manda. Y sigüete figurando que hubiéramos mandao jacer una cuna...

DOL. (Conmovida y con rubor) ¡Mira con lo que sale ahora! (Ademán de irse ella á la tarea; él la detiene cogiéndole la falda).

ROQ. Espérate mujé y óyeme. Fígurate que en la cuna hubiera un corchonciyo jecho por tí, y unas armohaditas, y unas sabanitas!!. Y figúrate...

DOL. Y figúrate que me voy. (El la sujeta).

ROQ. Y figurate que entre las dos sabanitas, asomase la cara un niño muy bonito, que sería nuestro ruiseñor. ¿No sería too eso tener nosotros dos un nío?

DOL. Efetivamente (Conmovida).

ROQ. Mira, no se lo he dicho á naide; pero á tí te digo en secreto, que pensando en tu querer, he ió ajorrando y ajorrando, y hoy tengo ya por encima de cuatro mil reales, que quisiera que tú me los guardaras, mujé. (Con honda ternura).

DOL. ¡Dices unas cosas! ¿Y si á mí se me perdían? yo no los guardo.

ROQ. Pues como eran tuyos, bien perdíos estaban.

DOL. Podrías creer que yo te quería por el dinero.

ROQ. (Con ahinco). Porque sé que si tú y yo tuviéramos un nío, me habías de querer como Díos manda, es por lo que traigo este trajín contigo.

DOL. Parece que hablas con formalijá...

ROQ. Mira, de aquí alante, bien poemos los dos arrunar más pajitas pa er nío, y ayá cuando se remate la vendimia, *sartenazo*: ¿qué te parece?

DOL. ¡Ja, já, já!

ROQ. No te rías y contesta.

DOL. Lo dices de un moo.

ROQ. Vamos; te veo ya jecha una canasta; te dije que con er tiempo te ibas á caer como una breva maura; y ya estás como yo, too rayá.

DOL. ¡Ja, já, já, caya caya.

ROQ. Contesta mujer.

DOL. ¡Ay Roque!

ROQ. ¡Ay Dolores! ¿Qué, tendremos nío, ó no tendremos nío?

DOL. Pues...

ROQ Qué trabajo te vá á costá soltar la prenda; ¡ni que fuera una onza de oro!

DOL. Te pones de tal modo, que no sé qué decirte ..

ROQ. Dí que *sí*, que *sí*. Contesta con la cara güelta pa ayá, si es que te dá vergüenza. ¿Tendremos nío, ó no tendremos nío?

DOL. (Con vehemencia). Sí.

ROQ. ¡Gracias á Dios! ¡Cogiendo jabichuelas había de ser.

ESCENA II

DICHOS en su tarea.—DUQUESA Y ELISA

(Estas cruzan la escena como paseando tranquilamente, llevando enlazada con un brazo á Elisa, la Duquesa)

ELI. ¿Sabes mamá? Ya no me falta más que la última Cuando la pille...

DUQ.ª Te dejas de carreras ¿no es eso? Ya eres mayor y no está bien que corras tanto. Hay que ponerte de largo para el día de tus cumpleaños.

ELI. ¡Ay! ¿sí? ¡Qué contento! un traje como el azul de María ¿verdad?

DUQ.ª Como tú quieras. Lo elegirá María.

ROQ. (A Dolores por lo bajo). ¿Ves tú lo que es el querer? (Por la Duquesa y Elisa). Ese es el gurripato que los Duques han sacao de su nío.

DOL. Caya y vámonos, que es tarde. (Vanse).

ELI. Pero para celebrar el ponerme de largo, quiero que haya una cosa.

DUQ.ª ¿Qué?

ELI. Qué haya iluminación; pero á la veneciana, en los limoneros de la orilla del mar; ¿quieres?

DUQ.ª Bueno mujer, la habrá; pide todo lo que gustes para ese día.

ELI. ¡Eh! ¡una mariposa de las que me faltan!

¡por allí vá, por allí! (Vase la Duquesa por la derecha, Elisa huye tras del insecto y hace una bella combinación de juegos por las veredas, ricamente vestida con una cartera debajo del brazo y con una red de cazar mariposas.) Se ha parado ¡veamos si la cojo! Se ha parado encima de un rosal. Me agacharé para que no me vea. ¡Se voló! ¡Allá voy! ¡que alta vá! ¡ahora qué bajita! ¡ahora vuelve á pararse! Mamá, María, no venir de prisa; esperar un poco... A la una, á las dos, á las nada, se fué. ¡Y es una de las que me faltan! ¡Dios mío! ¿cómo cogerla? ¡Si quisiera estarse quieta!... (Agachándose al andar con cautela) Está te quieta, estate quieta, estáte quieta. . ¡No se estuvo! se fué otra vez. Voy á soltar la colección, no vayan á estropearse las mariposas clavadas con alfileres que hay aquí dentro (Suelta la cartera en el banco rústico). Vamos á ver ahora que puedo correr mejor ¡ay qué bonita está encima de aquel maiz! ¿á ver? Por aquí quizás la coja. (Da la vuelta á la mata de maiz). A la una, á las dos, á las tres, ¡la pillé, la pillé! ¡Ay qué bonita! (Viene hacia la plazoleta, examinándola). Parece que está hecha de terciopelo: ¡que preciosa! ¡Y tiene la cabeza llena como de lunaritos chiquitines (Al llegar á la plazoleta y ver el burro, se coge el vestido por ambos lados como si bailara una pavana, y saluda inclinándose como en el mismo baile, diciendo.) ¡Muy buenas tardes, señor burro!

ESCENA III

ELISA Y MEDIALMEJA

MEDIAL. Se acabó ya el riego; voy á llevarme el burro pa que escanse de tanta güerta. (Llevándoselo). ¡Jarre, remendao!

ELIS. ¿No has hecho el encargo que te dí, Medialmeja?

MEDIAL. ¿El de piyarle á la señorita mariposas pá la colección?

ELIS. Sí.

MEDIAL. Una ví esta mañana, pero no pue ir detrás

de eya, porque estaba ocupao; ¡vaya si era bonita!

ELI. Pues si la ves otra vez, la sigues aunque estés ocupado, ¿verdad?

MEDIAL. Bueno; no tenga cuidao la señorita. Voy á quitarle las antiparras al burro.

ELI. ¡Las antipárras! ¡Jé, jé!

MEDIAL. Pero estas antiparras, no arriman las cosas como las que usan los señoritos en el treato.

ELI. Como que esas que tú dices, son gemelos, y las del burro, no tienen cristales

MED. (Probándose las del burro que tendrán dos cañones como los de los gemelos) ¿A ver? (Mira hacia varios lados.) Tiene razón; no arriman ná éstas.

ELI. ¡Ay, que burro eres, Medialmeja! ¡No arriman! á tí sí que te debían arrimar dos palos! (Vase)

MED. (Amoscado). ¡Járre burro! (Aparte). Esto de que tó er mundo me yame á mí poyino; ¡en fin, jasta la niña! (Vase llevándose el burro). ¡Járre, cachazúo!

ESCENA IV

DUQUESA Y MARÍA

Las dos aparecen por la derecha María vestirá un traje elegantísimo de fantasía, y un original sombrero de paja, también de fantasía; llevará en la máno un manojo de flores, que á veces arreglamientras habla y á veces lo deshace inclinándose á coger las flores que se caen al suelo.

MAR. ¿Hoy le toca al piano venir á la huerta?

DUQ.ª ¡Ya sabes; es el *judío errante*; va, cada tarde, montado en sus ruedas, al punto donde vamos de paseo, por si queremos tocar. ¡Que vejez tiene el pobre!

MAR. ¡Hija, que días de naturaleza llevo! esto es darse un baño de ella por los poros, por los ojos, por el oído, por el olfato, por el paladar y por el alma entera. Mira, ¿ves?, hasta por el entendimiento estoy absorviendo naturaleza; ayer cogí de la biblioteca *Dafnis* y *Cloe*. (Coge del banco el libro y lo vuelve á saltar).

DUQ.ª ¡Soberbio idilio! pero un poco naturalista, ¿no?

MAR. No lo creo.

DUQ.ª Es una joya de subido precio; y hay tanto sol en ese libro, que parece que andan cigarras por él.

MAR. Una, por lo menos anda, en efecto; la que *Dafnis* le pone á *Cloe* en el pecho desnudo. ¡Tengo una gana de ver en mi mano una cigarra viva!..

DUQ.ª Encárgasela á un trabajador.

MAR. Ya se la he encargado á Carlos.

DUQ.ª Qué, ¿seguimos adelante la broma con Arturo y Carlos?

MAR. Sí, mujer; pero, ya sabes; broma que tengo por objeto elevado, inspirarles el amor á la Naturaleza, que es el que ennoblece todos los amores

DUQ.ª Pero como no saben, ni se les puede decir, el fin que te propones, te van á tomar por coqueta.

MAR. No importa, si nuestro fin es bueno. Es lástima, puesto que son jóvenes bien educados, que solo tengan ojos para ver lo galante de la vida. ¿Qué importa si al pronto me toman por coqueta? Tiempo tendrán de ver que no lo soy.

DUQ.ª (Bromista). Con tu originalidad y tu pasión por el arte, no creas, que á veces me parece que eres. . una musa..

MAR. Vaya; hoy estás muy galante, y me vas á ruborizar. Voy á ver la colección de insectos de Elisa (Llamándola). ¡Elisita! ¡Elisita!

DUQ.ª Yo voy á seguir por la huerta. ¿No sabes? Mi marido ha ido á la capital.

MAR. No lo sabía... Yo te buscaré: voy á ver estos bichos preciosos..

DUQ.ª (Riéndose). ¿Quién es más chiquilla? ¿Tú, ó Elisa? (Vase paseando).

ESCENA V

MARÍA y ELISA

ELIS. Esta es la que acabo de coger, mira.

MAR. Quiere escaparse. ¡Qué cosa tan linda! En la cabeza tienen estos insectos docenas de ojos. ¿no lo sabías tú?

ELIS. Sí lo sabía; me lo había dicho mamá. ¡Pues bien que se estará fijando en nosotros!

MAR. ¡Figúrate, como que le hemos quitado la libertad! ¿Y qué lugar va á tener en tu colección, á ver?

ELIS. (Abre la cartera y señala). Este

MAR. Siempre que veo esta colección, me parece que veo un cementerio. ¡Qué mortajas tan espléndidas!

ELIS. Mira ésta con las alas blancas y puntos azules

MAR. ¿Y esta? toda negra; parece la mariposa de la muerte. Esto que para tí es una alegría, porque eres una niña, á mí me hace sufrir mucho. ¡Da lástima verlas tan inmóviles, ¡ellas, que son el movimiento continuo! ¿Vaya que echo ésta á volar, para que no la atravieses con el alfiler?..

ELIS. (Con ansiedad). No, no, no, que me ha costado mucho trabajo pillarla...

MAR. Te doy cinco duros por ella.

ELIS. No la vendo.

MAR. Te doy diez duros.

ELIS. No quiero dinero.

MAR. Te doy un beso.

ELIS. ¡Vaya una cosa! ¡Todos los días me los estás dando!

MAR. Una pulsera.

ELI. Me está grande.

MAR. Este collar.

ELI. Tengo de mamá.

MAR. ¿Qué quieres de mi persona? ¿un lazo, una sortija?...

ELI. No.

MAR. ¡Ah! ¡ya acerté! ¡No haber caido antes en

ello!... En tu colección, no hay la mariposa que hace el joyero, y para que esa colección sea completa, debe tener, desde la mariposa artificial. que hace el hombre, hasta la que saca Dios de un gusano.

ELI. Eso ya es otra cosa. ¡Qué idea tan bonita!

MAR. ¿Me la cambias?

ELI. Sí. cambiada queda.

MAR. Entonces ésta es mía. (Con gran satisfacción). Sal de capilla, condenada á muerte. ¡Mira la luz, mira el sol, mira los paisajes hermosos! Sube arriba, á lo alto, al cielo, que es lo digno de tí! (Lanza el insecto. pero la mariposa cae en el suelo; ellas la siguen un punto con la vista).

ELI. (Con dolor). ¡Av!

MAR. (Inclinándose á verla) ¡Jesús, la hemos matado jugando con ella!

ELI. Mira el polvo de oro que sacude.

MAR. Nunca me ha causado nada tanta pena. (Elisa cierra con cautela su colección, roba del suelo el insecto y escapa sin ser vista).

MAR. (Con voz y ademán tristes) ¡Dios mío! con cuantas cosas juega uno en la vida y las mata, al quitarles el polvo divino de las alas!

ESCENA VI

MARÍA Y ARTURO

Ella, siempre con risa burlona, siempre satírica, siempre espiritual y elegante, juega con el ramo de flores haciéndolo y deshaciéndolo mientras habla.

ART. (Bromista). Acaba usted de quitar la vida á un sér indefenso. ¡Vaya un modo de conducirse

MAR. ¡Oh! ¿es Arturo?... ¿Ha oido usted quizás?...

ART. He oido las últimas palabras, con las cuales ponía usted en libertad á un insecto.

MAR. Dispense usted mis cosas; á lo mejor me impresiona á más no poder, lo que á nadie causa sensación ninguna.

ART. Es usted un sér especial, encantador. Todo lo que emana de usted, tiene un no sé que de atractivo, algo de arte, algo de belleza

ata, que esclaviza al más hostil. Doy á usted mi más sentido pésame por la muerte de esa mariposa. (En tono pompósamente cómico).

MAR. ¿Se burla usted?

ART. ¿Burlarme? no. Pues qué ¿no está Ud. desde hace días haciendo con mi alma otro tanto? ¿Cómo voy á burlarme de mi propio suplicio?

MAR. ¿Vuelta al amor? Pues ¿no eran ustedes los que odiaban de todo corazón á las mujeres? ¿Qué voy á decir á un hombre que me odia á mí?

ART. ¿A usted?

MAR. A mí, puesto que soy mujer.

ART. La forma es de eso; el espíritu yo no sé de lo que es, pero se parece á una luz que recala hasta los huesos.

MAR. (Irónica y risueña). Por lo que veo, está usted cada día peor.

ART. Soy un insecto que se entrega, gustoso de morir. Usted dijo al llegar á esta quinta, y presentarnos el Duque: «Juro á ustedes, que por ser dos tremendos enemigos de las mujeres, se tienen ustedes que acordar de mí.»

MAR. (Siempre risueña, burlona y elegante) Fué una broma que prometía algo con que pasar alegremente las horas por estos campos; alguna trama, á la vez picaresca é inocente, con que castigar á dos enemigos de media humanidad.

ART. Y yo creo que esa broma sea la de darme tortura, por el solo placer de atormentarme.

MAR. Yo soy muy vengativa con los injustos. Y respecto á ese... *amor*, le ruego que deseche visiones de la memoria y que recree solamente su espíritu en la contemplación de estas sublimidades de Dios.

ART. Es lo cierto que no ha dado usted pie para crear esta simpatía, esta atracción; pero, ó es usted una suma maestra en el arte de la ficción, ó es usted la propia belleza encarnada en un ser irresistible. Ruégole que perdone el calor de mis palabras.

MAR. (Con graciosa salida de tono, después de una ligera pausa.) Estamos en la época del calor, puede usted desahogarse. ¡Ja, ja, já!

ART. Lo cierto es que me está usted aplicando el martirio de la mariposa.

MAR. Echarla á volar quise; que vuele usted libremente le digo también.

ART. Cuando ya tengo atados los vuelos.

MAR. Usted se los habrá atado.

ART. Yo, ó no sé que mano invisible.

MAR. ¡Ay, qué calor! De buena gana me bebería un vaso de agua de la noria, que estará bien fresca. (Se levanta y se asoma por un lado de la noria, mientras él se hace el distraído poniéndose en el ojal una flor caída del ramo de María). ¡Uy que llena está la alberca! Y las gallinas respiran allí, en el gallinero, con los picos abiertos de calor! (Trata de mover la noria). ¡Quién puede mover ésto! Aquí está el vaso. (Lo saca de un lado de la noria). ¿Arturito? Si Ud. quisiera...

ART. ¿Qué? ¿qué? (Muy amable y diligente, yendo á ella).

MAR. (Con graciosa espontaneidad, después de una pausa). ¡Tirar de la noria!

ART. (Jovial). Gracias por el cargo con que usted me favorece.

MAR. ¡Ja, já! Dispense usted el pronto. Quiero decir, que á ver si podemos llenar este vaso de agua fresca.

ART. Eso es bien fácil.

MAR. ¿Cómo?

ART. (Dudando). Pues no hay otro remedio; haciendo yo de burro.

MAR. (Como protestando). ¡Pero Arturo!

ART. Nada, manos á la obra. (La noria empieza á ser movida por Arturo. Se imitará el golpeteo, dando con un objeto contra otro).

MAR. ¡Mire que la ocurrencia! Si lo llego á saber, no digo nada.

ART. (Tirando). Tengo que hacer toda suerte de méritos para ir ganando ese corazón, hasta los méritos más inferiores.

MAR. (Aparte: adelantando á la concha). ¡A lo que viene á parar un hombre! ¡á tirar de una noria!. Estos hombres son... lo que quieren las mujeres.

ART. Si me manda usted dar vueltas, las doy; si bailar, bailo; si cantar, canto; si volar, vuelo..

MAR. Es usted un modelo de obediencia...

ART. Con usted, sí.

MAR. ¿Y si yo le mando á usted que no vuelva á hablarme de amor?

ART. Será la única vez que la desobedezca.

MAR. Pues no dé usted más vueltas á la noria. ¡Mire usted, mire usted en este vaso, lo generosa que es la tierra! ¡da mil cosas en una! (Mostrando el vaso lleno de agua).

ART. ¿Dónde están? no las veo.

MAR. ¿Usted no ve nada?

ART. Nada.

MAR. ¿De veras!

ART. De veras... es decir veo el agua, y veo el vaso, pero nada más.

MAR. (Burlona). Qué ciego. Fíjese usted. (Señalando á los tallados del vaso) La noria, la hilera de plátanos ..

ART. ¡Qué pequeñitos!

MAR. Ese haz de heno.

ART. Y mire usted aquí los alambres del telégrafo.

MAR. Y aquellos rosales llenos de rosas.

ART. También se ven las mazorcas de *pelo rubio*.

MAR. Y usted mismo ¡qué cara tan chiquirritilla! Pues amigo, (en tono solemnemente cómico). usted vé en este vaso los plátanos, los alambres. las mazorcas, los rosales, la noria, el heno, la cara de usted, todo en fin? Pues todo eso... me lo bebo. (Apura el vaso). Me parece que he sentido también por la garganta algunas golondrinas ¿A ver? (Mirando á todos lados). Justo, mire usted los collares de ellas paradas en los alambres del telégrafo.

ART. (Ansioso) Y de mi cara ¿qué ha hecho usted?

MAR. También me la bebí. Ahora la siento por aquí, cerca del pecho. (Hace gestos de agrado como si la copia de la cara bajase por su pecho, y cuando él espera oir algo agradable, exclama:) ¡Qué armatoste!

ART. Gracias. (Ap.) Con esta mujer se adelanta poco: hace uno hasta el burro y nada (alto). Voy á reunir unas flores para Elisa. (Vase.

MAR. ¡Já, já, já! ¡Ah! allí viene Carlos. Debe de traerme la cigarra que le encargué.

ESCENA VII

MARÍA Y CARLOS *con la cigarra*

MAR. ¿Qué? ¿Fué usted un cazador afortunado?

CAR. ¿Cómo no, siendo cazador de un antojo de usted?

MAR. (Bajando los ojos con rubor). Agradezco á usted mucho el rato de sol que se habrá tomado por coger esa cigarra.

CAR. Aquí tiene usted la cantora del estío, como la llaman los poetas.

MAR. ¡Oh! No sé como agradecer á usted...

CAR. Tiene usted una manera de hacerlo.

MAR. ¿Cuál?

CAR. La de mirarme con alguna menos indiferencia.

MAR. (Ap. Satírica y graciosa). Este está ya también maduro. (Alto). Yo creí que las cigarras tenían otra forma. Es rubia; estos son los élitros con que canta, según dicen.

CAR. Así creo ..

MAR. Hasta ahora, solo conocía yo, y eso imaginativamente, una cigarra: la de este libro. (Coge del banco *Dafnis y Cloe* y vuelve á soltarlo).

CAR. ¡Ah, sí; la cigarra de *Cloe!*

MAR. Que se echa á cantar en su pecho, como en un manzano en flor.. Es una escena bellísima.

CAR. ¡Feliz *Dafnis* que pudo poner la cigarra sobre el corazón de su adorada! ¡Una cigarra cantando sobre un corazón!

MAR. ¡Un verano sobre otro verano!

CAR. Sí; ¡un fuego sobre otro fuego! Sobre el seno de usted, este divino insecto repetiría la escena inmortal del libro griego. Sería como si mi amor cantase sobre ese pecho, triunfando de ese corazón.

MAR. (Levísimamente irónica). ¡Qué galante! Pero ¿no somos, según Arturo y usted, tan despreciable las mujeres?

CAR. ¡Qué crueldad, recordarme eso ahora!

MAR. ¿Y ese pacto? ¿y esa escritura? ¿y esa amistad que por ninguna mujer habría de romperse?

CAR. Usted goza en martirizarme.

MAR. Son palabras de ustedes; yo solo soy un fonógrafo que las repite.

CAR. ¿Quiere usted dejarse colocar, con el más exquisito de los cuidados, esta cigarra encima de ese pecho? Ella le diría en su canto lo que siento.

MAR. Pero es que yo no soy *Cloe*.

CAR. Ni yo *Dafnis*; pero siempre gusta resucitar una gran escena de belleza.

MAR. Póngala usted si gusta.

CAR. ¿Y si el insecto trasmitiera su fuego á ese corazón?

MAR. Me parece difícil. Sin embargo inténtelo usted.

CAR. La pondré en el lado izquierdo del pecho.

MAR. (Burlona, satírica y siempre espiritual y elegante). Usted va á hacer tiro seguro, eh?

CAR. Propongo á usted una cosa.

MAR. Veamos

CAR. Esta cigarra será nuestro horóscopo.

MAR. Explíquese usted.

CAR. Si permanece muda, será señal de que usted no me quiere; si por el contrario, rompe á cantar, será señal de que usted se decide á amarme.

MAR. Lo acepto porque es bello, no por otra cosa. Póngala usted sobre esta flor.

CAR. (Despues de soltar la cigarra) ¡Que atroz incertidumbre! ¡siento escalofríos de muerte! ¡si la cigarra no cantase!...

MAR. Usted se habría matado por su propia mano.

CAR. Pero, sin embargo, ella es todo música, todo temperamento lírico; artista, no de cerebro, sino por intuición; artista divina: ¡cantará!

MAR. Lo dice usted con fé, y eso me gusta; la

inspiración y la fe, son las dos alas de la vida! (Hay unos momentos de silencio). No canta.

CAR. Silencio. (De pronto suenan unas leves intermitencias de canto, que después se hacen más largas.) Silencio, Silencio.

MAR. (Muy bajito). ¡Qué prodigio! ¡Oiga usted la voz sublime de la Naturaleza, la voz de la Madre inmortal!

CAR. ¡Oh, cantora divina, que expresas el amor mío sobre ese corazón! ¿Y ahora, qué dice usted?

MAR. (Burlona y yéndose dando carcajadas). Que hemos sacado á la perfección la escena inmortal del libro griego. (Vuelve en seguida; el intento de irse es solo para buscar conclusión brillante á la escena. La cigarra se imita de este modo: antes de alzarse el telón en el segundo acto, se esconde detrás del banco que tiene por espaldar el palo del telégrafo, un hombre que tendrá dos timbres de mesa, á los cuales les faltará la campana; cuando lo indica el diálogo, oprime el botón, y el timbre da un sonido parecido al de la cigarra: como la escena se hace de pie, junto al banco rústico, y el hombre esta oculto detrás, parece que la cigarra canta efectivamente en el pecho de María. El tener dos timbres es por si se acaba la cuerda de uno, seguir imitando la cigarra con el otro).

MAR. (Volviendo en seguida). Estoy cansada. Me recostaré en estos haces de heno.

CAR. Yo me colocaré aquí, y por almohada ¡ajajá! (Acomodándose en el banco rústico). este palo del telégrafo, este centinela de la civilización.

MAR. Estamos cada uno en un extremo opuesto: usted con la cabeza apoyada en esa almohada de ideas y yo con el cuerpo tendido en el heno, casto é inocente lecho de tierra.

CAR. Sí; yo, en este como zumbido de enjambre que percibo, oigo la pulsación del mundo, la voz de las ciudades. los gritos de los grandes crímenes la voz de los cantantes célebres y las noticias de sensación que dán la vuelta á la tierra.

MAR. (Declamando con cadencia, algo al estilo como se dice una poesía lírica.) Y yo percibo, por el olfato, la voz de olor del heno que dice: «descansa, duerme, reposa;» yo estoy hecho de

silencio, de aroma y de paz; duérmete en mí y olvidarás el estruendo humano para oir la voz amplia y callada de la Naturaleza. Yo restauro los nervios alterados, sereno la imaginación como las aguas de un manantial de la montaña y perfumo el cuerpo como un incensario sagrado.

CAR. La voz del telégrafo es la voz del hombre, la voz del alma en su luchar eterno.

MAR. Y la voz aterciopelada y saturada del heno, es la voz de la salud campestre, la voz que unge y santifica, de Dios mismo. (Volviendo al tono corriente). ¿Cómo quiere usted que estando tan distantes en todo?...

CAR. ¿Pueda usted quererme?

MAR. Justo.

CAR. De un polo positivo y otro negativo, brota la luz.

MAR. Eso es entre dos alambre; no entre dos almas.

CAR. Mentira parece que sea usted tan poco misericordiosa.

MAR. Pero en cambio, soy ingénua, soy franca, y eso ya es mucho Además ¿qué sabe usted si yo tengo comprometido con otra persona mi corazón?

CAR. (Aparte). Por Arturo lo dice. (Alto). Cierto que el corazón se inclina hacia donde quiere la simpatía.

MAR. Es cierto. (Aparte). Cree que se trata de Arturo.

CAR. Hace poco oí aquí voces de una conversación. ¿Acaso estaba Arturo aquí?

MAR. (Burlona). Lo conocería usted por el golpeteo de la noria.

CAR. También lo oí.

MAR. (Con repentina gracia). Pues era Arturo quien tiraba de ella

CAR. ¿Se burla usted?

MAR. Nunca ha oido usted nada más cierto; y es que el hombre que celebra una escritura amistosa en contra de la mujer, si esa mujer le dice: «Tira de la noria,» ¡tira! (Riéndose).

CAR. Es usted muy cruel.

MAR. Soy vengativa y justa. El que me la hace, me la paga; eso es todo Quiere usted remeter por este lado el heno, que se escurre?

CAR. ¡Oh! (Con efusión va á hacerlo, poniendo, sin darse cuenta, una rodilla en tierra). ¿Así?

MAR. Sí, gracias por la molestia. (Riéndose, espiritual y burlona.)

CAR. Vea usted la actitud en que la casualidad me deja al lado de usted.

MAR. ¿Cómo?

CAR. De rodillas. (Arturo asoma por la derecha y viéndolos, dice:)

ARTURO. (Aparte). ¡Oh rabia! Éstos me engañaban.

CARL. (Con vehemencia y ternura) Po lo mismo, déjeme usted siquiera que le bese la mano.

MAR. Estoy muy nerviosa y una sacudida del brazo, pudiera acaso molestar á usted...

CAR. Sin embargo... (Le coge la mano; al ir á besarla, ella le empuja en la cara).

ESCENA VIII

MARÍA, CARLOS y ARTURO

ART. (Sarcástico). Bonito cuadro para sacar de él una fotografía conmemorativa.

MAR. (Levantándose y quitándole la palabra). Conmemorativa del momento en que una mano en vez de recibir un beso, dá un pescozón.

ART. (Satírico). ¿Habrá necesidad de hilas querido Carlos? ¡Já, já, já!

CAR. (Serio, pero produciendo efecto cómico). Más bien las necesitará en las manos quien las tenga heridas de tirar de la noria

ART. (Con coraje). Eso es llamarme algo que no consiento.

CAR. Ni yo consiento tampoco que nadie se burle de mí.

MAR. Señores, señores, que no quiero que rompan sus amistades por una mujer... Esto no es más que una broma. Habrá que echar á ustedes del corro.

ART. (Reprimiéndose). Es verdad.

MAR. Refresquemos el aire con un poco de música.

ART. Como usted guste. Piano sí tenemos.

CAR. Es verdad. Pero ¿y la hoja de música?

ART. No hace falta. Vean ustedes los alambres del telégrafo llenos de golondrinas; ellas son las notas vivas de un raro pentágrama. Es la música escrita por Dios. Voy á interpretar esa música extraña.

CAR. ¡Originalidad famosa! ¿A quién no hará usted comprender lo bello?

ART. Acabaremos, Carlos y yo, por deber á usted la transformación de nuestra alma. (María toca á capricho, pero arrancando acordes muy armoniosos y bellos).

ESCENA VIIII

MARÍA, CARLOS, ARTURO, DUQUESA y ELISA

ELI. ¿Qué es eso? ¿qué tocas?

MAR. Míralo allí.

ELI. ¿Los alambres del telégrafo con las golondrinas? (Los alambres, llenos de golondrinas, cruzarán de derecha á izquierda, de tal modo y con tal arte puestos, que parezcan una hoja de música.

MAR. Sí, veremos lo que sale (Sigue tocando con encanto y poesía).

ART. Parece un nocturno en los primeros compases.

CAR. Sí.

ELI. Sigue, María, sigue... (Mientras cae muy lentamente el telón, María sigue tocando con vaguedad y poesía, pulsando notas altas cuando el telón esté cerca del suelo, para herir de modo más vivo y brillante el sentimiento).

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Es de noche. El foro debe aparecer tan profundo como lo permita el escenario: mientras más distante, mejor. A ese fondo, que será el mar, conducirá una ancha calle de limoneros, todos ellos profusamente colgado de farolillos á la veneciana. En todo lo más profundo, dará la luna sobre el mar, produciendo en él un largo reguero de chispas que vendrá un poco hacia el espectador. Todo el primer término del escenario será una plazoleta, también con limoneros á los lados, cuajados de luces. En el centro hay una mesa con servicio para tomar helado, butacas de paja, mecedoras, etc.

El golpe de vista de la iluminación, debe ser soberbio, deslumbrador.

ESCENA PRIMERA

DOLORES Y ROQUE *arreglando la escena.*

ROQ. Esto si que se yama saber jacer las cosas, Dolores

DOL. Donde lo hay se gasta, y viva el lujo y quien lo trujo.

ROQ. To por que esta noche presentan á la niña de largo

DOL. Y como despedía á los huéspedes.

ROQ. Y en celebración al feliz remate de la vendimia ¡Buena comía ha dao el Duque hoy á los trabajadores!

DOL. Es verdad; á generoso no hay quien le gane.

ROQ. ¡Mira que ha dirigío bien la señorita María la iluminación!

DOL. Como esa mujer no hay otra.

ROQ. ¿Que no hay otra?

DOL. Ninguna.

ROQ. Pues ¿y tú?

DOL. ¿Yo? ¡Jesús que comparación!

ROQ. Mujer, pa mí, tu vales tanto como la que más, manque no seas tan... vamos... tan... *filiminicupiti*.

DOL. Dí solamente que te gusto, y no disparates.

ROQ. Pos digo que me gustas más que er sol, la luna y las estrellas.

DOL. ¡Echa fantesía!

ROQ. Como lo oyes En vísperas de casarnos, creo que no te iba á decir una cosa por otra. Aprepósito, quiero que me digas una cosa, y alárgame esas butacas.

DOL. Toma las butacas y explícate.

ROQ. Tengo curiosiá de que me digas el por qué llegaste á quererme.

DOL. Anda y déjame de cuentos.

ROQ. Lo quiero saber, vamos.

DOL. ¡Que tonto!

ROQ. Pos lo quiero saber, te digo; dame gusto en eso, mujé

DOL. Si te empeñas, te lo diré.

ROQ. Venga de ahí; soy to orejas.

DOL. Pues la curpa de que yo te quiera hasta el extremo de que nos casemos, la tiene ¿quién dirás?

ROQ. Como no lo digas tú...

DOL. Pues la tiene el canario de la señorita Elisa.

ROQ. ¿El que se escapó?

DOL. Justamente.

ROQ. ¿Y por qué?

DOL. Porque cuando viniste á entregármelo, venías jecho un Cristo con tanta jeria en las manos y en la cara.

ROQ. Pos mira, no me lavé, porque no encontré agua por esos campos.

DOL. Pues si te llegas á lavar, ni te hubiera querío ni nos casamos, porque entonces no hubiera yo visto la *hombrá* que jicistes por mí.

ROQ. Pues hija le debo entonces á mi cara sucia la feliciá.

DOL. ¡Y que lo digas! Cuando apareciste con los labios jerios, con la frente jecha una carnice ía y con las manos sin pellejo, yo dije pa mí: «Ahora si que no tengo dua de que este hombre me quiere!» ¡Chiquillo, me dió una lástima!

ROQ. Pos dende ah ra voy á querer más al canario, porque él se pué decir que es el cura que nos vá á casar.

DOL. En tu via has dicho una verdá más grande. Desde entonces cuando te oigo cantar por esas viñas, me parece que oigo cantar al canario.

ROQ. Oye.

DOL. ¿Que?

ROQ. Que no te se orvie que el domingo es ese día.

DOL. ¿Cual?

ROQ. ¡El de los garabátos, mujer, ¡el de los garabatos!

ESCENA II

ARTURO Y CARLOS

ART. La verdad es que nuestros amigos los Duques saben hacer las cosas.

CAR. Te advierto que todo está dirigido por María.

ART. ¿Querrás creer una cosa?

CARL. Me has quitado de la boca esa pregunta.

ART. Pues habla

CAR. No, habla tú que has empezado primero.

ART. ¿Querrás creer que he llegado á tener á esa mujer un cariño que...

CAR. ¡Ja, já, já!

ART. No te rías, que no es lo que te figuras.

CAR. Pues por eso me río, porque sé lo que vas á decir.

ART. No podrás negarme que tú, lo mismo que yo, hemos andado locos por esa mujer.

CAR. No trato de negarlo.

ART. Hasta estuvimos á punto de romper nuestra amistad por ella.

CAR. Sí.

ART. Pues has de saber que hoy la quiero incomparablemente más que entonces.

CAR. Y yo.

ART. Pero ya no es casi amor á su cuerpo; es un enamoramiento de su alma, de su inteligencia.

CAR. Justamente; parece que lleva en la mano un farolito que ilumina ante uno, lo que antes no veía nuestra razón.

ART. Y vamos, sé franco; ¿no sientes tú, en el tiempo que llevamos al lado de María, que ella ha descorrido con su mano, dentro de tu cerebro, muchas cortinas, que te han dejado ver nuevas hermosuras?

CAR. Pues por eso es por lo que la quiero infinitamente más. ¡Gracias á Dios que hemos tirado las caretas!

ART. Tú lo has dicho.

CAR. Nada, que nos ha puesto grilletes, nos ha puesto esposas, nos ha puesto mordaza, y nos ha hecho esclavos suyos.

ART. Al revés, en vez de eso, nos ha llenado de ojos para ver más! ¡Es decir, que nos ha puesto en libertad!

CAR. Eso quería yo decir; y además, como ella nos ha dado esa amplitud interna, el amor nos ha hecho esclavos de quien nos ha dotado de una nueva alma.

ART. Ya que ahora eres más generoso que antes, debías dejármela á mí solo. (Picaresco).

CAR. Al contrario; tú, que ya te empiezas á sentir alejado de lo terreno, debías dejarme á mí esa aventurilla de la tierra. Tú ya te ciernes muy alto.

ESCENA III

DICHOS y el DUQUE

DUQ. ¿Que tal, señores, durante mi ausencia?

ART. ¡Qué sorpresa tan agradable!

CAR. ¿Acabas de llegar?

DUQ. En este mismo instante. Y ¿qué tal? ¿qué tal?

ART. De todo ha habido, caro Duque.

DUQ. (Bromista). ¡Eh, eh! Ya suponía yo... ¿Habéis continuado siendo al lado de María, fortalezas *inespugnables*, *inescalables* é *inaccesibles!* ¡Já, já já!

CAR. Hombre, por mí te aseguro que ..

ART. No te diré yo tampoco que...

DUQ. No vale venirme á mí con rodeos... Lo sé todo, todo.

CAR. ¿Y qué es todo?

DUQ. Unas veces os ha puesto á pillar moscas, ó cigarras, que es más difícil; otras veces, os ha hecho tirar de la noria...

CAR. ¡Calla, calla!

ART. ¡Por Dios!

DUQ. Pero si eso lo sabe en la quinta todo el mundo, ¡es mucho artista esa mujer!

CAR. No, lo que es el arte de fingir, lo posee á las mil maravillas.

ART. Solo que, de ese fingimiento, no te hemos de negar que siempre comunica á uno, una emoción de arte, una idea...

DUQ. Eres un noble tirador de armas que cantas ingenuamente los botonazos que recibes. Vamos, quieres decir que María os va llenando el alma de ojos interiores... ¿Qué?, ¿estoy dando en el blanco?

CAR. Chico, sí. Precisamente cuando tu llegabas, hablábamos de eso. Ahora que sentimos el contagio de bondad y hermosura que desprende, comprendemos tu admiración por ella.

DUQ. Y yo estaba seguro de mi triunfo, es decir, del de María; es un Virgilio, que puede

conducir á cualquier Dante, no á través del infierno...

ART. Sino á traves de la gloria.

DUQ. Nada, nada; veo que esos espíritus se han robustecido, han echado hojas nuevas. Ya van ustedes empezando á ser séres con alma, porque aquí venían ustedes solamente abocetados. ¡Oh Naturaleza, grande escultora de almas, que de dos miserables fetos (Señalando á sus amigos), vas haciendo lo más alto que hay en la creación; ¡el hombre!: yo adoro tus cinceles invisibles, y tu sacra maestría!

CAR. Nada, en la próxima legislatura, al Congreso.

DUQ. Déjame á mí con Dios, entre estas hermosuras.

ART. Pues si no al Congreso, al Ateneo...

CAR. Ya, ya sabemos que, como un Rochil de lo bello, tiras hermosura y vigor al hablar; ya lo sabemos hombre.

DUQ. Siento que me hayan dejado en la capital tan rapado el pelo. (Quitándose el sombrero). Pero en fin, ya que soy Rochil, os daré una limosna estética, que buena falta os estaba haciendo. Vaya; cinco céntimos para cada uno ¡Adiós, *convalecientes!* Voy á internarme un poco en la playa.

ART. Espera, que voy contigo. (Vánse).

ESCENA IV

CARLOS y MARÍA

Esta escena, por lo mismo que es algo abstrusa y un poco larga, hay que hacerla primorosamente. María aparece en un elegantísimo traje. Deben ambos sentarse, levantarse y andar por la escena, para evitar toda monotonía.

CAR. ¡Oh María! ¡Salve María, llena eres de gracia! ..

MAR. ¿Va usted á entonar la salve? Rezar no le viene mal á los herejes...

CAR. Usted nunca perdona.

MAR. La injusticia, nunca.

CAR. Doy á usted mi enhorabuena por la dirección de esta fiesta.

MAR. La direcc ón no es la que la hace hermosa

CAR. ¿Qué la hace, entonces?

MAR. La hacen tres cosas; la luna, el mar y la noche. Yo solo he llevado en el cerebro, durante un rato, todos esos puntos, como un complicado hormiguero de la imaginación, y revolviéndose y combinándose, formaron ellos mismos esos dibujos, esos arabescos... Pero ante aquella lámpara del fondo (Señalándo á la luna), todo es vulgar y falto de espíritu.

CAR. Ciertamente.

MAR. Está muy hermosa la noche, ¿verdad?

GAR. Muy hermosa.

MAR. ¡Qué tranquilo está el mar! ¿No es cierto que al acercarse uno al mar, parece que se acerca á algo religioso? A mí se me figura... no sé de qué modo lo diría, algo así como la cadencia, como el compás, como el ritmo eterno del mundo. Yo siento que haya necesidad imprescindible, al hablar de ciertas cosas, de emplear frases especiales, lenguaje demasiado selecto, que me suena á *cursi*.

CAR. Pero no hay otro remedio; el espíritu de cada cosa, necesita su forma adecuada.

MAR. Es verdad; pero ¿cómo expresar de un modo liso y llano, la hermosura del compás, de la decadencia á que está todo sometido?

CAR. Es mejor sentirla que expresarla.

MAR. Vamos, nos entretendremos en algo. Doy á usted un premio, si ahora mismo me dice, usted, de un modo que no suene á *cursi*, cómo en la creación todo es un compás, desde el de las masas inmensas de agua, que se manifiesta por ritmos de olas, hasta el de la sangre en los cuerpos vivos, que se manifiesta por pulsaciones, pasando por el acompasado rodar de los días y de las

noches, que es otra sublime cadencia; por el andar de nuestros pies, que es otro compás; por el revivir matemático de las estaciones, que es otra armonía. En fin, como usted me exprese, ahora mismo, pero ahora mismo, en estilo completamente familiar y sin preparación alguna, toda esa inmensa orquesta de diversas músicas, sin que el lenguaje suene á *cursi*, le doy á usted... lo que usted quiera.

CAR. (Con intención). Se le ha olvidado á usted hablar de una música.

MAR. ¿De cuál?

CAR. De la música... del beso.

MAR. (Ap.) ¡Aun le quedan resabios! (Alto). Usted puede remediar mi falta al hablar. Empiece usted.

CAR. A mí me parece que todo debe tener su vestidura adecuada y que eso que usted quiere, es imposible. Por ejemplo; una perla, que supondremos una idea, como está bien es, ó en su concha, ó en un engarce de oro; una estrella, que supondremos otro pensamiento, está bien sobre lo azul; una flor...

MAR. (Jovial). *¡Cursi, cursi, cursi!* ese no es el camino. Además se sale usted del tema.

CAR. ¿La armonía universal?

MAR. Justo.

CAR. No me ha metido usted en mal callejón...

MAR. Pues tiene usted que dar con la salida.

CAR. ¡María Santísima!

MAR. En fin...

CAR. (Con ansiedad). ¿Qué?

MAR. Que es usted un cursi. ¡Mire usted! ¡Mire usted lo que cría esta tierra española! ¡qué hermosura de uvas! ¿No las hay así en Francia?

CAR. No; esta clase no la he visto nunca en campos franceses

MAR. Pero hombre ¿qué había usted de ver allí este prodigio, si hasta para hacer el *Burdeos*, se llevan *ustedes* allá nuestras uvas tintas?

CAR. (Riéndose). *¿Nos llevamos?*

MAR. Sí, porque usted hasta tiene la desgracia de no ser español.

CAR. Eso si que no lo consiento. El primer cielo que han visto mis ojos ha sido el de España.

MAR. Sin embargo, su alma no está bautizada con luz española. Para bautizar almas no hay otra semejante, porque como es tan clara y viva, sale el cerebro más esplendoroso.

CAR. Es cierto.

MAR. Con una concha de oro
bautizaron á mi alma,
y la regaron tres veces
con luz bendita de España.

CAR. Ese es el bautismo espiritual. Desde hoy hemos de amar Arturo y yo, mucho más á España; hemos de vivir en ella para siempre.

MAR. Es una obligación que tiene usted de amar á su madre.

CAR. (Con emoción). A mi doble madre, puesto que en el seno de una, duerme la otra.

MAR. Entonces, España debe ser para usted un relicario.

CAR. Lo es. ¿Querrá usted creer, María, que algunas veces, como ahora en que le eleva usted á uno el alma, hasta siento... vamos, vergüenza de haber amado á usted de modo distinto al que se ama á nuestra madre y á Dios?

MAR. ¡*Excelsior*! ¡arriba! triunfó, triunfó!

CAR. Usted sobre nosotros.

MAR. La naturaleza, la sublime naturaleza. Esa confesión honrada, nos acaba de hacer amigos para siempre y además merece... que partamos el racimo de uvas.

CAR. Sí: como ya mañana estaremos lejos uno de otro, porque ésta temporada finaliza, que nuestra amistad conserve el recuerdo de haber dividido este trozo de gracia de Dios.

MAR. Empiece usted (Los dos estarán en dos mecedoras encontradas y una detrás de otra, de perfil al público. María, que caerá á la derecha, sostiene el racimo en alto.

con la mano izquierda: él da una mecida, coge la primera uvá y dice:)

CAR. Esta. por la ventura de haber conocido á usted (se la come).

MAR. (Cogiendo la segunda uva). Esta por la firmeza de aquel pacto famoso. (Burlona; se la come).

CAR. (Dando otra mecida y cogiendo otro fruto). Esta en recuerdo á tanta exquisita lección de belleza. (Los dos se mecen uniformemente; á la vez se echan hacia atrás y á la vez se echan hacia delante).

MAR. (Picando el racimo y contestando). Esta por la cigarra que tuvo usted la bondad de cogerme. (Irónica y burlona).

CAR. Esta... (Ella retira el racimo, y él no puede coger la uva).

MAR. (Riendo). ¿Cuál?

CAR. Quiero decir *esa*.

MAR. Pero es que hay que cogerla. (Los dos siguen meciéndose, pero al acercarse, retira María el racimo ó se lo pasa á la otra mano, ó lo esconde).

CAR. (Después de varios vanos intentos por coger el racimo). ¡Pues señor, se interrumpió el poema!

MAR. El poema de las mecedoras. Lo agradable dura poco.

CAR. (Quitándole de pronto el racimo) Y ahora?

MAR. He sido bastante torpe...

CAR. Ahora pique usted y yo lo tendré. (Poniéndolo en alto).

DUQ. (Apareciendo de pronto). ¡Hola!

CAR. (Ap). ¡Nos reventó el Duque la égloga!

ESCENA V

MARÍA, CARLOS, DUQUE, en seguida ARTURO
LA DUQUESA Y ELISA

Esta lucirá un precioso traje largo.

DUQ. Aquí tienen ustedes á mi hija vestida de largo. ¡Que divina!

ART. Vean ustedes la coleccionista de mariposas.

MAR. Le faltaba una en la colección, y esa qué le faltaba, es ella misma, que de larva ha

pasado á insecto, es decir, que de niña ha pasado á mujer

CAR. ¡Siempre viendo en todo la armonía!

ELIS. (Coqueteando con el traje) Me dan unas ganas de ehar á corrcr...

DUQ.ª ¡No; con eso traje largo hay que estar muy formal! (Con cómica afectación).

ELI. Y si me lo quito ¿puedo correr?

DUQ. ¡Pero mujer! ¡Ja, ja!

ART. Donosa ocurrencia.

ESCENA VI

DICHOS Y GARDUÑA

(Este personaje es el del acto primero).

GAR. El Espíritu Santo en forma de Paloma baje sobre las señoras y los señores y les de su santa bendición.

MAR. Es la tía Garduña. Me gusta oir á las gitanas porque me figuro que tienen algo de misterioso. (Los demás celebran con rumores su llegada)

ELIS. Como me han puesto de largo, tiene usted que decirme la buenaventura y acertarme todo el porvenir... y si tendré novio. (Cada vez que habla Elisa celebran sus salidas los demás personajes con grandes risas).

DUQ. ¡Por Dios Elisa!

DUQ. ¿Haces tú caso de estas hechicerías?

GAR. ¡Ay, Zeñó, que yo leo en lo futuro y deletreo toito lo que ha de pasá en cada corazón. Yo sé porque sale el sol por este lao y se pone por aquel, y por que va la luna detrás de sus pisás. (Djrigiéndose á Elisa). Miren la mi reina, la mi diosa, la mi estrella jecha de mieles y ambrosía. Ojalá que resbales siempre por la vía como mariposita, sin darle al pie tropiezo ni al corazón dijusto. Dame la tu mano y ponla sobre ésta y verás cómo te acierto tu porveni. (Elisa va á dar la izqnierda desenguantada y la gitana dice). La izquierda no, ramillete de estre-

llas, que en la izquierda está el enemigo y ha escupido Lucifer.

ELI. Mire usted; si pudicra ser, sabe usted que tengo interés... en que sea rubio. (Risas en los demás).

DUQ.ª ¡Pero Elisa!

MAR. Déjala mujer.

GAR. Rubio es er sol que desvanece los malos ensueños; rubio es er venir der día que trae consigo la feliciá; rubio es el oro que es er que manda en toitas las cosas de la tierrá. Le canta la parma de la mano á la mi gloria, á la mi virgen, á la mi reina, que su corazón vá á vivir más sereno que carita de luna en er fondo de un lago. To ha de ser en tu corazón, mecia vá y mecia viene; nube de rosa por aquí y nube de rosa por allá; bandaditas de pájaros con buenas nuevas por un lao, y palomitas mensajeras de buenas dichas por otro.

ELIS. Pero ¿no me dice usted nada del novio? (Risas en los demás).

DUQ.ª ¿Quieres que te regañe, Elisa?

MAR. Vamos, déjala que pregunte al horáculo; nos hallamos delante de la Sibila.

GAR. ¡Calláse: ahora le diré á la mi luna, á la mi sol, á la mi estrella, cómo será el garzón que ha de entrársele por el ojito derecho, pero, en el interín, échame algo de argén en la mano, que too no ha de ser platicá, ni le voy á dar cucharaitas de aire á mis churumbeles.

DUQ. Vaya, y acaba pronto.

GAR. (Santiguándose con la moneda, besándola tres veces y metiéndosela en el seno). Dios se lo pague ar zeñó, que ca vez que menea los deos, se le cae de ellos una monea de plata (A Elisa). Te canta la parma de la mano, que ha de venir un príncipe de lueñes tierras con zapapatos de oro, traje de oro, sombrero y bastón de oro, y te ha de ofrecer más títulos que los que tu has de heredar, más palacios que los que tu tienes, y un corazón que ha de ser un panalito chorreando gotitas de azuca y de miel.

ELIS. ¿Tendrá rubio el bigote? (Risas en os demás)

GAR. Como una llamita partía por medio y echá á ca lao la mitá. Er pelo, como virutitas de de oro; la barba, como rizitos de fuego; y la carne, como la azucena y como er jazmin.

DUQ. Vamos, vamos, basta ya; tenga usted y váyase. (Le da otra moneda).

GAR. ¡Jezú! no sea tan súpito er zeñó, que paece que no agraece que le case á su hija con un príncipe.

DUQ. Bien está ya; déjanos

GAR. ¡Ay zeñó! Deje que relate las flestas riales que va á habé, los príncipes que van á vení, las princesas que asistirán, y las jileras de pages y pagecillos que irán con espejitos de oro pa que se mire en ellos su hija de usted.

DUQ. (Serio), ¡Basta he dicho!

GAR. Vamo; no lo quisiera decí, pero er zeñó ha metío el remo hasta los gavilanes.¡ Asín se le güerva la nariz un panal y le estén entrando y saliendo abejas toa la vía! (Vase colérica).

ESCENA VII

DICHOS Y UNA ORQUESTA DE BANDURRIAS Y GUITARRAS, muy numerosa, que tocando **La Giralda** de Juarranz, viene por la derecha y después de dar los vivas, vase por la izquierda amortiguando mucho el pasacalle que toca, el cual suena levemente hasta la terminación del acto.

MAR. Pero, ¿qué es eso? ¿bandurrias y guitaras?

ELIS. ¡Ay, qué bonito! ¡música, música!

DUQ. ¡Si son trabajadores de la quinta!

DUQ.ª ¡Qué galantes!

DUQ. Capataz Súbete de la bodega todo lo que apetezca esta gente. (Hay en ellos rumores y bulla).

CAP. ¡Vivan los señores Duques!

TODOS. Vivan.

CAP. ¡Vivan los señores huespédes!

TODOS. ¡Vivan!

CAP. ¡Viva el remate de la vendimia!

TODOS. ¡Viva!

CAP. ¡Viva nuestra Patrona la Vírgen!

TODOS. ¡Viva! (Se alejan y siguen tocando pianísimo).

DUQ. La verdad es que da lástima de que ya mañana, cada uno de ustedes tire por su lado.

MAR. No hay más remedio.

DUQ. Y ustedes *franceses*, ¿por dónde váis á empezar á dar ese vistazo á España?

CAR. (Con entusiasmo). Hemos acordado Arturo y yo, quedarmos á vivir en ella para siempre.

TODOS. ¡Bravo, bravo, bien pensado!.

DUQ.ª ¡Eso es haberse convertido!

MAR. Mi más cumplida enhorabuena.

DUQ. ¡Vaya un abrazo! (Abraza á los dos).

CAR. ¡Pues no estoy conmovido! (Con emoción).

MAR. ¡Como que acaba usted de hacerse español! Así como esos que llaman girasoles miran siempre al sol, el hombre debe mirar siempre á su patria.

CAR. Debía usted llamarse *Musa de la naturaleza*.

ART. ¡O de la *alegría!*

MAR. ¡Por Dios!

CAR. Sí, porque nos ha dotado usted de un nuevo espíritu.

ART. Ha sido usted nuestra santa maestra.

MAR. Amar el cuerpo humano, es amar la miseria; amar el alma, es amar lo bello; y quien ama lo bello, adora á Dios.

CAR. Ahora, puesto que habrá que dormir para mañana no perder el tren, debemos despedirnos.

MAR. Despidámonos del mar nuestro amigo, con aquellos versos del poeta.

CAR. ¿Los recuerda usted?

MAR. Sí. Son como una especie de oración á la Naturaleza y al Mar por los beneficios recibidos. (Elisa con abandono y cariño ha puesto á María en la cabeza una corona de rosas).

ART. Justo, transformando nuestras almas.

CAR. Pues ahora que parece usted con esa corona una musa griega, díga usted los versos.

MAR. Me acercaré al mar para que oiga bien nues

tra despedida. (María pisa una roca de la orilla y haciendo destacar bien y artísticamente su perfil, recita de un modo admirable y elocuente los siguientes versos).

Pisando la cadena que te hace eterno esclavo,
tocando de tus crines el haz revuelto y bravo,
con dolorido acento ¡oh mar! te digo adios:
de tus tragines roncos los sones furibundos,
á veces me parecen las voces de mil mundos
en las que truena y canta la voz triunfal de Dios.

Dios vive en tu hermosura, es arco en tus rompientes,
blancura en tus penachos de espumas florecientes,
grandeza en tus llanuras, hervor en tu tropel;
y si de luz se visten tus sábanas sutiles
y rízanse con oros y púrpuras y añiles,
es porque el dedo pasa sobre tus aguas, El.

Tu rebullir hirviente es yodo y sal y vida,
que lanzas á la tierra con noble sacudida
porque se nutran plantas y seres con tu amor:
avanzan tus efluvios nadando en el ambiente,
y encienden las ideas en medio de la frente
y encienden los pistilos en medio de la flor.

Empieza á bajar lentísimamente, con extremada lentitud, el telón, y (cuando cae, se oye clara y terminante la declamación de los dos últimos versos, sólo los dos últimos).

¡Adios mar admirable, y adios naturaleza;
columnas soís del templo sin fin de la belleza
cuya infinita bóveda formáis entre los dos:
el sol es la gran lámpara del régio santuario,
la luna es el de nácar bellísimo incensario,
la humanidad los fieles, y el sacerdote, Dios.

En el momento en que da la cortina contra el suelo, María avanza, dentro, hasta dar casi con la cara en el telón, á fin de que el público oiga bien los versos últimos de la poesía.

La palabra ¡Dios!, la dirá con entusiásmo y corazón, á la vez que todos los personajes de la escena exclamarán ¡bravo! ¡bien! ¡hermoso! etcétera y á la vez también que las guitarras y bandurrias dan una valiente nota final. En l acto se dará el máximo de luz á todo el teatro que, como ya es costumbre en los de España, habrá estado casi á oscuras mientras representación.

Debe estudiarse muchas veces este final de la obra, la cual, por su dole no puede ser sino magistralmente representada).

FIN DEL IDILIO

Obras de Salvador Rueda.

POESÍA

	Ptas. Cts.
El país del sol.	2,00
Aires Españoles	2,50
Cantos de la vendimia	0,50
En tropel	2.00
Fornos (poema)	1.00
Flora (poema)	1,00
El Bloque (poema)	1,00
Camafeos (sonetos).	3,00
Piedras preciosas (sonetos)	0,50

NOVELA

El gusano de luz (Colección diamante)	0,50
La reja (Biblioteca selecta).	0,50
La gitana	1,00

CUADROS Y CUENTOS

El cielo alegre (Biblioteca selecta)	0,50
Bajo la parra (Idem íd.)	0,50
Tanda de valses	3,50
Sinfonía callejera.	3,00
El patio andaluz	2,00

CRÍTICA

El Ritmo	2,00

TEATRO

La Musa, idilio en tres actos y en prosa	2,00

PRECIO DOS PESETAS